

PRÓLOGO

Rafael M. Mérida Jiménez
Houston-Barcelona, 2000-2001

*Para Viqui: Sevilla en Houston.
Para los enemigos de la homofobia.*

Sexualidades y homosexualidades

Durante el último cuarto del siglo XX los estudios vinculados a las humanidades y a las ciencias sociales se han visto enriquecidos de forma notable gracias a diversas corrientes teóricas y metodológicas que han ido ampliando el caudal de registros con el que aproximarnos a aquellos territorios menos transitados de las culturas o de las relaciones individuales y colectivas que las tejen. La reevaluación de la idea misma de humanidad y los asedios de que ha sido objeto ya han repercutido en nuestra percepción cotidiana y en nuestra reflexión crítica de cada circunstancia y de cada geografía por la que hemos ido transitando en el devenir histórico. Tal vez haya sido el concepto de sexualidad (o, quizás mejor, nuestra perspectiva en torno a las múltiples acepciones que esta palabra encierra) una de las minas que mejor hayan visto iluminados algunos de sus recovecos, merced a las galerías abiertas.

Las posibles justificaciones de este redescubrimiento pueden emplazarse en una confluencia de senderos que ha propiciado la vindicación de un territorio sobre el que pesaba el férreo yugo de un imperialismo monoteísta en la civilización occidental. El lastre del cristianismo y de sus variantes —como elemento acrisolador de la cultura eurocéntrica impuesta en los imperios coloniales—, la dimensión patriarcal y unívoca de sus poderes, los mapas de sus ortodoxias (teológicas, políticas, económicas, entre otras) o la simple marginación y persecución de las heterodoxias impidieron hasta hace muy poco

tiempo una mirada más generosa por omnicomprendiva que restituyera presencias innominadas —por *nefandas*— e infamadas —por *inmorales*— durante centurias de opresión. Frente a este paradigma, resquebrajado por la modernidad en varias latitudes interiores, ha venido, pues, a emerger una serie de acechos que poco a poco han revisado las dimensiones de la sexualidad humana. Desde la antropología estructuralista hasta el deconstruccionismo filosófico, pasando por los grupos de liberación homosexuales, los estudios culturales o, sobre todo, el movimiento feminista, puede afirmarse que diversas líneas de pensamiento han incidido o coincidido en una exploración más plural y menos *virginal* de lo que muchos quisieran. De lo que muchos, en definitiva, han impuesto durante siglos.

El adjetivo viene a cuento, además, porque la publicación, en 1972, del artículo fundacional de Vern L. Bullough titulado «Sex in History: A Virgin Field» destacó la importancia de un ámbito apenas explorado de manera sistemática y que sólo tangencialmente había ocupado el norte de los intereses académicos.¹ Por supuesto, ya existían contribuciones que habían ido advirtiendo la relevancia de las dinámicas sexuales para desvelar aspectos poco o nada transitados de las configuraciones culturales. Así lo demostraron desde principios del siglo XX el psicoanálisis o los trabajos de campo de sociedades y grupos alejados de los procesos europeos de autodefinición histórica, al igual que, posteriormente, aquella escuela para la que la identidad colectiva debía desvelarse más allá de los límites de la tradicional circunstancialidad de personalidades y acontecimientos, a partir, por ejemplo, de lo que acabaría siendo el estudio de las mentalidades.

Esta nueva lectura y esta asunción representaron un cambio trascendental en la comprensión del homoerotismo masculino y femenino, reducido sistemáticamente a sus componentes médicos y, con el tiempo, psiquiátricos. Recordemos que, a partir de 1860, diversas obras fueron promulgando la perversidad de la homosexualidad desde una doctrina fisiológica que ha perdurado hasta hace bien pocos años de manera casi inmutable y que de forma nada inocente utiliza-

1. Vern L. Bullough, «Sex in History: A Virgin Field», *Journal of Sex Research*, 8 (1972), pp. 101-116. Véanse las aportaciones de la *Encyclopedia of Homosexuality*, editada por Wayne R. Dynes, Warren Johansson & William A. Percy, Nueva York: Garland, 1990, y de los diversos volúmenes de que se componen los *Studies in Homosexuality*, editados por Wayne R. Dynes & Stephen Donaldson, Nueva York: Garland, 1992.

ron las argumentaciones a favor de un deseo natural que empezaron a verterse ya a fines del siglo XIX. Lo mismo cabe advertir en torno a las dimensiones derivadas del psicoanálisis de Sigmund Freud (a partir de los complejos de Edipo y de castración, que desde la infancia marcarían al adulto), ya sea desde el enfoque antiopresivo que vincularía los trabajos de algunos de sus discípulos, ya desde las reinterpretaciones psicolingüísticas de la escuela de Jacques Lacan, según la cual la sexualidad debe entenderse como una estructura que giraría en torno a un símbolo primario (el «falo») que representaría la autoridad cultural de nuestra sociedad.²

La sexualidad, al igual que otros ámbitos —como la muerte, la familia o la infancia, por ejemplo—, empezó a ocupar un nuevo rango de la mano de historiadores europeos y norteamericanos a partir de la década de los setenta, interés que muy pronto traspasó fronteras y que se tradujo en una preocupación fácilmente detectable en monografías y publicaciones académicas. Esta constatación demuestra cómo el estudio de los diversos contornos del erotismo no ha sido materia privativa de una única disciplina o tendencia, sino de la conjunción de esfuerzos de diversas corrientes metodológicas que redescubrieron e intentaron potenciar las posibilidades que este nuevo frente les abría, tanto desde la perspectiva de las dinámicas que lo moldearon en cada época como de sus estatutos plurales. Bien desde el estudio de las doctrinas que han determinado las diversas concepciones a través de la historia, bien a partir del análisis de las normativas políticas ejercidas sobre el comportamiento sexual, bien sobre la configuración de las prácticas marginadas, este campo ha ido ganando un puesto cada vez más influyente. Conviene advertir, sin embargo, que no puede hablarse de un interés —ni mucho menos de una preocupación— entre los estamentos universitarios por el reconocimiento del estatuto propio de una investigación seria hasta que, a fines de los años sesenta, esta cuestión palpitante se integre en algunas de las protestas sobre derechos civiles que sacudieron Francia y Estados Unidos. Por supuesto, esto sucederá, además, de manera muy lenta y en la mayoría de ocasiones gracias al impulso de un número creciente de docentes que, por circunstancias nada azarosas, se sintieron comprome-

2. Joseph Bristow ofrece un compendio de algunas de las teorías más relevantes en *Sexuality*, Nueva York: Routledge, 1997.

tidos de manera personal en un espacio que conjugaba reconocimiento social —individual y colectivo—, oportunidad histórica y reivindicación política.³

Durante los primeros años de la década de los setenta vieron la luz los repertorios bibliográficos de Parker, Bell y Weinberg, Bradley, o de Bullough, Legg, Elcano y Kepner. Todos ellos aspiraban a la culminación de un idéntico objetivo que en absoluto disfrazó su voluntad común de presentación en sociedad de una materia inédita hasta esas fechas.⁴ Su mayor defecto, desde nuestra atalaya, suponía precisamente su mayor virtud original; la mezcla de autores, de personajes, de intuiciones, de desciframientos, potenciada para engrandecer un elenco o para fortalecer una presencia, también nos exige una cautela y una admiración no siempre demostradas. Los primeros volúmenes relevantes en donde la homosexualidad ocupa un puesto central, a pesar de su proyección diversa, empezarán a publicarse a lo largo de la segunda mitad de esa década. Será el caso de las monografías de Bullough, Rowse, Dover y Goodich, trayectoria que se fortalecerá en 1980, con la monumental investigación de John Boswell.⁵ A partir de entonces, su estudio se ha venido consolidando paulatinamente en el medio académico. A nadie escapa la expansión de una oferta incorporada en los programas de todas las universidades estadounidenses de mayor prestigio. También, por supuesto, en unas pocas universidades europeas: entre ellas merece destacar por su labor pionera la Universidad de Utrecht y su «Departamento de estudios interdisci-

3. Véase Steven Maynard, «Respect Your Elders, Know Your Past: History and the Queer Theorists», *Radical History Review*, 75 (1999), pp. 56-78.

4. William Parker, *Homosexuality: A Selective Bibliography of over 3,000 items*, Metuchen, New Jersey: Scarecrow, 1971 (y suplemento de 1977); Alan P. Bell & Martin S. Weinberg, *Homosexuality: An Annotated Bibliography*, Nueva York: Harper, 1972; Marion Zimmer Bradley, *A Gay Bibliography. Eight Bibliographies on Lesbian and Male Homosexuality*, Nueva York: Arno, 1975, y Vern L. Bullough, Dorr Legg, Barrett W. Elcano & James Kepner, *An Annotated Bibliography of Homosexuality*, Nueva York: Garland, 1976.

5. Vern L. Bullough, *Sexual Variance in Society and History*, Nueva York: John Wiley & Sons, 1976, y *Homosexuality: A History from Ancient Greece to Gay Liberation*, Nueva York: New American Library, 1979; Alfred I. Rowse, *Homosexuals in History: Ambivalence in Society, Literature, and the Arts*, Nueva York: MacMillan, 1977; Kenneth J. Dover, *Greek Homosexuality*, Cambridge: Harvard University, 1978; Michael Goodich, *The Unmentionable Vice: Homosexuality in Later Medieval Period*, Santa Barbara, California: Ross-Erickson, 1979; John Boswell, *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality. Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*, Chicago: University, 1980 (traducción española publicada por Muchnik).

plinarios gays y lesbianos» (con una importante colección de publicaciones, en inglés u holandés) y el Centro «Homodok», vinculado a la Universidad de Amsterdam. Recuérdense, además, algunas de las colecciones que, gestadas a fines de los años ochenta y en la década de los noventa, se han consagrado total o parcialmente a este ámbito: la primera de ellas fue «Between Men, Between Women» (Columbia University, 1989); después vendrían «Studies in Homosexuality» (Garland), «Series Q» (Duke University), «Genders» (New York University) o las publicaciones auspiciadas por el dinámico «Center for Lesbian and Gay Studies» de la City University of New York, entre otras. A ellas deben añadirse los trabajos que editan algunas revistas periódicas, como *The Journal of Sex Research*, *Journal of Homosexuality*, *Forum Homosexualität und Literatur*, *Journal of the History of Sexuality* o *GLQ. A Journal of Lesbian and Gay Studies*.

No obstante, conviene afirmar cuanto antes que el proceso gradual de revisión metodológica que los estudios sobre la sexualidad han gozado desde la década de los ochenta debe mucho al impulso del movimiento feminista, pues fue éste el que abrió definitivamente las puertas hacia esa vía de comprensión de lo que, con posterioridad, se denominarían «estudios gays y lesbianos».⁶ La consolidación de un paradigma y la creación de una genealogía contrapuesta al orden patriarcal como mecanismo de identificación de una historiografía de las mujeres propició que cuando algunos miembros de los grupos reivindicativos de los derechos homosexuales intentaran trazar su árbol genealógico acudieran al feminismo como el mejor de los referentes posibles, dada la proyectabilidad de sus resultados. También, por supuesto, porque una parte importante de las investigaciones se formó o ha participado íntimamente durante una primera fase en los debates desde dentro del movimiento feminista, en especial la crítica lesbiana.⁷ Y es que desde la evolución de la teoría feminista cabe en-

6. Como demuestran, por ejemplo, los volúmenes editados por Martin Duberman, Martha Vicinus & George Chauncey, Jr., *Hidden from History: Reclaiming the Gay and Lesbian Past*, Nueva York: Meridian, 1989, y por Henry Abelove, Michèle Aina Barale & David M. Halperin, *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York: Routledge, 1993.

7. Las siguientes antologías recogen algunos de los trabajos más influyentes y abundante bibliografía: Diana Fuss (ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, Nueva York: Routledge, 1991; Teresa de Lauretis, *The Practice of Love: Lesbian Sexuality and Perverse Desire*, Bloomington: Indiana University, 1994; Tamsin Wilton, *Lesbian Studies: Setting an Agenda*, Nueva York: Routledge, 1995, y Linda Nicholson (ed.), *The Second Wave. A Reader in Feminist Theory*, Nueva York: Routledge, 1997.

tender el nacimiento de una categoría tan trascendental para nuestro ámbito de investigación como la que representa la noción de género sexual (*gender*), desarrollada a partir de los setenta y que representa en su origen una derivación de los estudios sobre la mujer. La diferencia se ha ido consolidando paulatinamente cuando se ha profundizado en un elemento que afecta la constitución de la crítica homosexual. Los estudios sobre la mujer recogen unos testimonios que sirven para iluminar una ideología y un estatuto en su contexto temporal, mientras que los estudios de género atienden fundamentalmente a los órdenes morales de la sexualidad y sus representaciones, masculinas y femeninas, ambos con una clara voluntad de revisión del canon histórico, artístico o literario.

En el año 1980 ve la luz el artículo de Adrienne Rich titulado «Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence», de repercusión incalculable entre las pensadoras feministas, y la monografía citada de John Boswell, que supuso una profunda renovación del estudio histórico de la homosexualidad.⁸ Ambos trabajos reflexionan sobre los diversos contextos que definieron las percepciones sociales y culturales del homoerotismo. En el caso del segundo, la tesis subyacente se refleja ya desde el mismo subtítulo, pues «Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century» («Los gays en Europa occidental desde el inicio de la era cristiana hasta el siglo XIV») alude explícitamente a una diana hacia la que apuntan tres nociones transformadas en complementarias: sexualidad, identidad y comunidad. Ambas propuestas han participado así, directamente, en las discusiones gestadas en el seno de los grupos de liberación de gays y de lesbianas de las últimas dos décadas del siglo XX, pues han constituido parte de los objetivos últimos de la crítica durante ese tiempo. Una de las valoraciones negativas esgrimidas en contra de la investigación de Boswell fue su ubicación en cierta línea interpretativa que entiende la (homo)sexualidad desde una postura que ha sido definida como «esencialista» y que fue reformulada por este mismo académico a partir de las nociones de

8. El trabajo de Adrienne Rich ha sido permanente reimpresso y traducido: véase Catherine R. Stimpson & Ethel Spector Person (eds.), *Women, Sex and Sexuality*, Chicago: University, 1980, pp. 62-91. Recuérdese también Lillian Faderman, *Surpassing the Love of Men: Romantic Friendship and Love Between Women from the Renaissance to the Present*, Nueva York: William Morrow, 1981.

«Revolutions, Universals, Categories» («Revoluciones, universales, categorías»)⁹ Este esencialismo —común a otros estudiosos de la sexualidad— podría definirse como la creencia de que el deseo erótico entre personas del mismo sexo trasciende los condicionamientos históricos. A juicio de quienes la representan, podría advertirse una similar identidad homosexual, con muy leves diferencias, que debe entenderse como natural y perdurable desde la época clásica griega hasta nuestro presente.¹⁰

Conviene recordar de nuevo que el término «homosexual» posee una historia delimitable, pues fue acuñado a finales del siglo XIX y sólo a lo largo del siglo XX ha ido adquiriendo, de manera firme aunque lenta, el uso pleno actual. Su origen vinculado al vocabulario médico no dejó de lastrar, hasta mediada la centuria, la significación de la que ahora goza, por más que sujeta a cambios.¹¹ Éste sería el punto de arranque de la segunda corriente interpretativa de la historiografía en la década de los ochenta, denominada «construccionista», según la cual la homosexualidad no nacería hasta que una serie de circunstancias (sociopolíticas y económicas, por ejemplo) propiciaron la génesis de esa nueva autoconciencia erótica, individual y colectiva, que en absoluto puede asimilarse a las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo que las fuentes históricas y artísticas mostrarían en la Grecia clásica, en los reinos europeos y bizantinos del Medievo, en las ciudades renacentistas italianas o en la Inglaterra isabelina. Por supuesto, no cabe duda de que si bien ambas tendencias persiguen la construcción última de una realidad y del reconocimiento social y político de una minoría, sus metodologías y conclusiones pueden albergar serias divergencias.

9. Dos artículos de Boswell resumen la evolución de su pensamiento: «Revolutions, Universals, and Sexual Categories», *Salmagundi*, 58-59 (1982-1983), pp. 89-113, y «Concepts, Experience and Sexuality. Differences», *Feminist Cultural Studies*, 2 (1990), pp. 67-87.

10. Sirvan tres volúmenes como modelos complementarios de esta línea: Stephen Coote (ed.), *The Penguin Book of Homosexual Verse*, Londres: Penguin, 1983; Claude J. Summers (ed.), *The Gay and Lesbian Literary Heritage. A Reader's Companion to the Writers and their Works, from Antiquity to the Present*, Nueva York: Henry Holt, 1995, y Gregory Woods, *A History of Gay Literature. The Male Tradition*, New Haven: Yale University, 1998.

11. Como subraya Jeffrey Weeks en *Sex, Politics and Society. The Regulation of Sexuality since 1800*, London: Longman, 1981, y en *Sexuality and Its Discontents. Meanings, Myths and Modern Sexualities*, Nueva York: Routledge, 1985.

Debe reconocerse, sin embargo, que la tendencia esencialista ha brindado menos frutos que la escuela construccionista, convertida en la semilla de buena parte de la teoría fecundada durante los últimos quince años. A pesar de sus muchas diferencias, no parece ocioso señalar que la difusión de la monografía de Boswell, entre un público no formado mayoritariamente por medievalistas, también coincidió en el espacio y en el tiempo con el enorme impacto que obtuvo la publicación original y las traducciones a diversas lenguas del primero de los tres volúmenes de que se compone la *Histoire de la sexualité*, de Michel Foucault. Es aquí donde se aborda germinalmente la condición homosexual y que constituye uno de los puntos de arranque de la tendencia construccionista de los estudios gays y lesbianos.¹² El análisis de los diversos mecanismos a través de los cuales puede aprehenderse la conflictividad y la represión de la sexualidad en la sociedad europea decimonónica fue esbozado por este filósofo francés para reflexionar en torno a la variedad de discursos que generan el nacimiento de una identidad sexual, tanto en lo que atañe a su regulación oficial como a los márgenes en los que nacerían sus subversiones. Desde esta perspectiva, sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX convergirían aquellos requisitos imprescindibles que permitirían hablar de una conciencia homosexual. Tal valoración supondría que ésta no pudo configurarse antes de aquel emplazamiento histórico-social-cultural: la catalogación de las perversiones, inédita hasta entonces, sería el punto de partida de lo que debiera entenderse, a su juicio, como el acta de nacimiento de la homosexualidad.

Tras estas investigaciones han surgido un gran número de trabajos de toda suerte que han participado en la acotación del estudio en torno al homoerotismo que se caracteriza por la permanente reubicación de su propia condición. En cualquier caso, merecè subrayarse que la influencia que tanto Boswell como Foucault ejercieron entre la crítica posterior ha obedecido, en buena medida, a los contextos de su difusión durante una época en que los estudios sobre la sexualidad y la homosexualidad estaban germinando, a la oportunidad histórica de unas reflexiones que han llegado a trascender su propia significación. Las líneas que han ido uniendo las diversas fases evolutivas

12. Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, 1. *La volonté de savoir*, París: Gallimard, 1976. Los otros dos volúmenes se subtitulan *L'usage des plaisirs* y *Le souci de soi* (traducción española publicada por Siglo XXI).

de los estudios gays y lesbianos con la dimensión construccionista de las propuestas foucaultianas resultan, así, bastante claras, pues algunas de sus ideas han constituido los pilares filosóficos sobre los que se han erigido los movimientos reivindicativos de los derechos homosexuales.¹³ Sin embargo, antes de apuntar algunas de las vertebraciones de esta crítica, resulta oportuno detenerse brevemente en la noción de género, ya que se trata de un concepto capital en la arquitectura de este espacio.

Si aceptamos, como sugiere Foucault, que la sexualidad debe entenderse no a través del prisma tradicional de la Naturaleza univalente del cristianismo, sino a través de la dinámica que establece con sus representaciones y discursos (locura, castigo, medicina, entre otros), a la vez que desde sus entornos socioculturales, estaríamos reconociendo implícitamente que la secular dicotomía biológica entre hombre y mujer debiera borrarse en beneficio del género, pues sería éste el ámbito desde el que se producirían subjetividades más allá de la hegemonía masculina heterosexual que ha ostentado el poder de control en las sociedades occidentales. El sexo, por consiguiente, no sería un rasgo innato, una simple actividad o una dimensión más del ser humano, sino una identidad en construcción. La definición plural del género ocuparía un lugar central en la revelación de las significaciones de toda cultura. Esta perspectiva fue reformulada por la historiografía feminista y propició una vía de entendimiento de la individualidad en donde el género biológico se contraponía al género sexual/cultural, de manera que la investigación y la teorización en torno a la mujer podía abandonar los estrechos márgenes críticos que había heredado. Con él también se encuadraba desde una nueva perspectiva el papel de su cuerpo físico y de su entidad intelectual.¹⁴ Según Joan W. Scott (1986), el género sería un elemento constitutivo de las relaciones sociales basado en las diferencias percibidas entre los sexos biológicos, al tiempo que una categoría fundamental para deli-

13. Kenneth Plummer sintetiza este proceso desde el ámbito de las ciencias sociales en «The Past, Present, and Futures of the Sociology of Same-Sex Relations», *Social Perspectives in Lesbian and Gay Studies*, ed. de Peter M. Nardi & Beth E. Schneider, Nueva York: Routledge, 1998, pp. 605-614.

14. Nancy K. Miller (ed.), *The Poetics of Gender*, Nueva York: Columbia University, 1986, y Linda Kaufman (ed.), *Gender and Theory. Dialogues on Feminist Criticism*, Nueva York: Blackwell, 1989.

mitar las relaciones de poder. Esta cualidad interrelacionaría cuatro niveles diferentes: en primer lugar, las representaciones simbólicas culturales (por ejemplo, Eva y la Virgen María); en segundo lugar, las diversas doctrinas (políticas, científicas, religiosas, etc.) que limitan y contienen la significación de esa simbología; en tercer lugar, la naturaleza cambiante de las representaciones sexuales binarias, y, por último, las identidades subjetivas.¹⁵

Sexualidades transgresoras

Éste sería el camino que, de manera plural, fueron transitando y ensanchado investigadoras formadas en diversas corrientes del feminismo y del pensamiento postestructuralista europeo y norteamericano. Una de las teóricas que han participado más activamente en la reformulación del concepto de género —por más que crítica con ciertas propuestas de Foucault o del feminismo—, y que ha propiciado sus derivaciones hacia la teoría queer ha sido Judith Butler, quien ha profundizado en un nuevo paradigma que acoge y alienta la diferencia de las diversas identidades sexuales en contra de las dicotomías restrictivas tradicionales.¹⁶ A partir de su trabajo puede entenderse mucho mejor el rumbo que ha seguido parte de la crítica: un hombre afeminado o una mujer varonil, un hombre disfrazado de mujer o con una sensibilidad contraria a la tipología dominante, una mujer que se desprende del hábito de la feminidad subordinada, por ejemplo, representarían una subversión del sistema binario tradicional al tiempo que la mejor huella para rastrear una identidad que pueda devenir conciencia enfrentada a la heterosexualidad institucionalizada que ha intentado restringir los comportamientos que intentaban escapar a su norma.

Parece evidente, así, que la revisión propuesta por los estudios de género haya sido aquella que mejor se ha adaptado a las exigencias de buena parte de la crítica sociológica, literaria e historiográfica consagrada al homoerotismo. Si, aceptando los parámetros más estrictos

15. Joan W. Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *American Historical Review*, 91 (1986), pp. 1053-1075.

16. Véanse, a modo de ejemplo, los ensayos reunidos en *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York: Routledge, 1990 (y el prólogo a la edición de 1999) y en *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of «Sex»*, Nueva York: Routledge, 1993.

de la escuela construccionista, no puede identificarse una identidad homosexual con anterioridad al siglo XIX, sí que puede al menos trazarse una lectura de aquellas subversiones y representaciones que la noción de género permite y potencia en cualquier circunstancia histórica. No sin precauciones, ha podido afirmarse que la teoría *queer* se emparenta con los estudios de género al cuestionar las identidades aparentemente estables: como éstos se distancian de un ámbito predelimitado (gays y lesbianas en un caso, mujeres en otro) con el objetivo de crear una reformulación de los procesos de formación y de diferenciación en torno a la sexualidad.¹⁷

Junto con Butler, una de las investigadoras que ha ejercido mayor influencia en el desarrollo de los estudios queer ha sido Eve Kosofsky Sedgwick. En su monografía titulada *Between Men* (1985), Sedgwick aborda una lectura de diversos poetas y narradores británicos del siglo XIX en donde introduce un concepto que bautiza como «homosociabilidad», equidistante de las nociones de homosexualidad y homofobia.¹⁸ Esta nueva concepción le guía hacia una valoración a partir de la cual efectúa una reinterpretación del homoerotismo desde un cauce que reconoce el poder coercitivo masculino pero que redefine su dialéctica social. Su mayor innovación radicaría en la manera en que distribuye los planos aparentemente en conflicto, pues al estrechar los vínculos entre *homosociabilidad* y *homosexualidad* desestabiliza la construcción de las identidades sexuales; este objetivo último (que los estudios queer han adoptado como uno de sus nortes) será con el que abra su volumen *Epistemology of the Closet*.¹⁹ En su primera página, Sedgwick afirma que la comprensión de la cultura occidental contemporánea se verá perjudicada y será incompleta si no incorpora un análisis crítico del binomio y de la definición «hetero/homo». Puede apuntarse que ha sido esta perspectiva descentralizadora la que ha profundizado en las expresiones de la sexualidad contemporánea y en los discursos homoeróticos anteriores a la revolución industrial europea.

17. Leora Auslander, «Do Women's + Feminist + Men's + Lesbian and Gay + Queer Studies = Gender Studies?», *differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 9 (1997), pp. 1-30. Esta revista ha auspiciado el volumen de ensayos titulado *Feminism Meets Queer Theory*, editado por Elizabeth Weed y Naomi Schob, Bloomington: Indiana University, 1997.

18. *Between Men. English Literature and Male Homosocial Desire*, Nueva York: Columbia University, 1985.

19. *Epistemology of the Closet*, Berkeley: University of California, 1990 (traducción española publicada por Ediciones de la Tempestad).

La teoría queer apuesta, así, por un desciframiento postmodernista de la noción de identidad sexual que enlaza históricamente con el camino abierto por el feminismo, los estudios sobre la mujer o sobre el género pero que, al tiempo, alienta nuevos impulsos y metodologías. Sus propuestas reinterpretan, de manera más radical, los presupuestos de la crítica homosexual —tanto esencialista como constructorista—, pues aplican el análisis deconstruccionista y postestructuralista francés para difuminar (o dinamitar) el binomio «hetero/homo». Las personas queer desestabilizan los cánones universalistas, transgreden los patrones unívocos y subvierten de forma sistemática sus propios límites y los códigos dualistas que definen los comportamientos heteronormativos. La legitimación de los homosexuales como minoría normalizada no es entendida como una victoria sino como una perpetuación del régimen social que sustenta dominaciones, jerarquías y exclusiones.²⁰

Parece pertinente recordar, además, que esta teoría germinó al calor de la nueva dimensión que adquirieron algunos movimientos sociales emplazados en una encrucijada en la que debieron responder a cuestiones inéditas tras la expansión de la epidemia del sida y del (neo)conservadurismo que sufrió Norteamérica durante los años ochenta. Dos ejemplos pueden servir como muestras de este panorama: el primero sería la sentencia del Tribunal Supremo de los Estados Unidos en el caso *Bowers v. Hardwick* (1986), por la cual se condenaba la sodomía homosexual entre adultos; el segundo sería el nacimiento del movimiento *Queer Nation* (Nueva York, 1990), vinculado a la lucha antisida del grupo ACT UP, que adquirió un cierto eco mediático por su estrategia de desvelar la homosexualidad de personajes públicos que la mantenían en secreto (*outing*).²¹ No obstante, debe recordarse que se trata-

20. Steven Seidman, *Difference Troubles. Queering Social Theory and Sexual Politics*, Cambridge: University, 1997.

21. En torno a la decisión judicial, véase Janet E. Halley, «The Construction of Heterosexuality», en Michael Warner (ed.), *Fear of a Queer Planet. Queer Politics and Social Theory*, Minneapolis: University of Minnesota, 1993, pp. 82-102; la resolución del Tribunal en Jonathan Goldberg (ed.), *Reclaiming Sodom*, Nueva York: Routledge, 1994, pp. 117-142. Para «Queer Nation», pueden consultarse las panorámicas de Juan Vicente Aliaga, «Sobre la teoría queer y su plasmación en el activismo y el arte contemporáneo», en *Transgénic@s. Representaciones y experiencias sobre la sociedad, la sexualidad y los géneros en el arte español contemporáneo*, San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa, 1998, pp. 9-33, y Rodrigo Andrés, «La teoría queer y el activismo social», en Marta Segarra y Angels Carabí (eds.), *Feminismo y crítica literaria*, Barcelona: Icaria, 2000, pp. 143-158.

ba también de una táctica que pretendía avivar una lucha aletargada como consecuencia de la aparente asimilación política de los homosexuales más privilegiados, quienes empezaron a desentenderse de la extensión de la enfermedad entre grupos sociales o étnicos desfavorecidos. De forma paralela, los estudios queer se muestran menos preocupados por la victimización sexual que por el desmantelamiento de las retóricas que fortalecen los discursos del verdugo —aquéllos que, en definitiva, justifican y legislan sus prerrogativas.

El término inglés «queer» designa la idea de rareza y extrañamiento pero igualmente, a nivel coloquial, puede convertirse en un insulto sexual dirigido tanto contra hombres como contra mujeres. No existe un vocablo equivalente en español que recoja la mezcla de acepciones ni que permita su natural transformación lingüística en sustantivo, adjetivo o verbo: como sucede en otros idiomas —y dada la actual extensión de su uso—, hemos preferido mantener el original inglés, aún a sabiendas de la incomodidad que puede provocar entre muchos/as lectores/as. Alfredo Martínez-Expósito afirma que se trata de:

Un caso realmente curioso de intraducibilidad epistemológica, que consiste en una asimetría radical en la concepción de la homosexualidad entre críticos de habla inglesa y críticos españoles.²²

Ricardo Llamas prefiere acuñar una interesante propuesta:

Ésta es una teoría que ha abandonado el recto camino sin hacerse otro. [...] Teoría queer, en definitiva, es decir, rarita. O, si ape-lamos a la etimología latina del término, (*torquere*), sencillamente, teoría torcida.²³

De acuerdo con Alberto Mira:

Los intentos de traducir expresiones como *queer theory* como «teoría maricona» no son del todo acertados, ya que sólo reproducen el significado performativo del término, no el etimológico. No sólo

22. Alfredo Martínez-Expósito, *Los escribas furiosos. Configuraciones homoeróticas en la narrativa española*, Nueva Orleans: University Press of the South, 1998, p. 6.

23. Ricardo Llamas, *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a «la homosexualidad»*, Madrid: Siglo XXI, 1998, p. XI.

consiste en identificarse con un término que antes servía para insultar; si se elige queer frente a otros términos similares es porque al mismo tiempo pretende subrayar la extrañeza con que ha de observarse la sexualidad humana.²⁴

Pero tan importante como su performatividad, además, sería su validez genérica, pues como ha subrayado acertadamente Beatriz Suárez Briones:

En España los varones gay se han apresurado a traducir muy alegremente y muy poco informadamente (y muy sexistamente, por supuesto) el vocablo queer como «marica», cuando queer fue una palabra cuidadosamente elegida por la nueva unión gay-lesbiana por ser un término en cuyo abanico semántico están no sólo los maricas sino también las bolleras, las y los transexuales, los travestis y todo lo sexualmente «raro», «extraño», «singular», que es lo que, en primera instancia, significa la palabra queer.²⁵

En un proceso de cuestionamiento constante por parte de los mejores trabajos, se ha intentado diseñar un mapa referencial que interpretara el pasado a la luz de una nueva metodología que, a la vez, desestabilizara la herencia crítica recibida y redefiniera el presente. Se trataría de otorgar a la sexualidad un puesto que le había sido arrebatado tradicionalmente al tiempo que se desplazan sus expresiones y matices. Por estos motivos resulta tarea especialmente problemática la demarcación de una teoría que se autodenomina con un término insultante y que, al tiempo, intenta crear una dimensión vital e intelectual tan subversiva y transgresora como rebelde, orgullosa y reivindicativa.²⁶ Porque, por supuesto, una de las características que

24. Alberto Mira, *Para entendernos. Diccionario de cultura homosexual, gay y lesbica*, Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 1999, p. 601. Véanse también las propuestas, de diverso calado, que albergan las monografías de Ricardo Llamas y Francisco Javier Vidarte, *Homografías*, Madrid: Espasa Calpe, 1999, y de Óscar Guasch, *La crisis de la heterosexualidad*, Barcelona: Laertes, 2000.

25. Beatriz Suárez Briones, «Desleal a la civilización: La teoría (literaria) feminista lesbiana», en Xosé M. Buxán Bran (comp.), *ConCiencia de un singular deseo. Estudios lesbianos y gays en el Estado español*, Barcelona: Laertes, 1997, p. 270.

26. Dos volúmenes que ofrecen una síntesis crítica de los orígenes y de las propuestas del movimiento y de la teoría queer son los preparados por Annamarie Jagose, *Queer Theory. An Introduction*, Nueva York: University, 1996, y William B. Turner, *A Genealogy of Queer Theory*, Philadelphia: Temple University, 2000.

podrían definir los estudios queer en los Estados Unidos sería esa voluntad politizadora legada desde sus orígenes:

Ser queer no significa luchar por un derecho a la intimidad, sino por la libertad pública de ser quien eres, cada día, en contra de la opresión: la homofobia, el racismo, la misoginia, la intolerancia de los hipócritas religiosos y de nuestro propio odio (pues nos han enseñado cuidadosamente a odiarnos). Y ahora, por supuesto, significa luchar también contra un virus y contra los anti-homosexuales que usan el sida para barrernos de la faz de la tierra.²⁷

En efecto, además de la reivindicación colectiva inherente en los estudios gays y lesbianos, el movimiento queer amplía su radio de acción a entramados sociales de nuevo calado o a cuestiones vinculadas, por ejemplo, a la raza, la religión, la ecología y a los grupos marginados por el capitalismo globalizador de fines del siglo XX. Ésta es una de las razones que explican que en la actualidad sean muchos los universitarios que trabajan con la teoría queer —con independencia de sus gustos sexuales— como consecuencia de las nuevas perspectivas que les abre para emprender nuevos modelos de investigación.²⁸ Una importante antología de ensayos titulada *Miedo a un planeta queer*, editada en 1993 por Michael Warner, ya introducía en su prólogo justamente la idea de que cuando una persona se identifica como queer, automáticamente se convierte en una luchadora en contra de todas aquellas instancias que la estigmatizan y que cercenan su libertad, llámense familia, género, Estado, nación, clase o cultura. Ese talante, claro está, encierra tanto el atractivo de esta teoría como cierto temor entre algunos activistas, pues teniendo en cuenta que uno de los objetivos de los estudios queer sería la disolución de las identidades heterosexuales y homosexuales se asume el riesgo de erosionar determinadas luchas comunitarias.²⁹ Una persona queer rechaza clasifi-

27. Texto procedente del panfleto anónimo (1990) del grupo «Queers», reproducido en Mark Blasius & Shane Phelan (eds.), *We Are Everywhere. A Historical Sourcebook of Gay and Lesbian Politics*, Nueva York: Routledge, 1997, pp. 773-780.

28. Rosemary Hennessy, «Queer Theory, Left Politics», *Rethinking Marxism*, 7 (1994), pp. 85-111, y Donald Morton, *The Material Queer. A Lesbian Gay Cultural Studies Reader*, Boulder, Colorado: Westview, 1996, pp. 1-33.

29. A propósito de este debate, véanse por ejemplo las reflexiones de Mark Blasius, «Contemporary Lesbian, Gay, Bisexual, Transgender, Queer Theories, and Their Politics», *Journal of the History of Sexuality*, 8 (1998), pp. 642-674, y Didier Eribon, *Réflexions sur la question gay*, París: Fayard, 1999 (traducción española publicada por Anagrama).

caciones sexuales y, sobre todo, promueve un cambio social individual y colectivo desde muy diversas instancias en contra de toda censura.

La presente antología pretende esbozar una panorámica sobre las dimensiones logradas por la teoría y los estudios queer en Norteamérica. Su propósito es modesto como consecuencia de la limitación de espacio y de la extensión de las discusiones, pero al menos ofrece la oportunidad de acercarse a algunos frutos de los autores más influyentes. La preparación de la selección ha sido especialmente ardua —e inevitablemente discutible—, pues se han elegido textos dispares que informan sobre el origen, la evolución y los debates durante la última década del siglo XX: la abundante bibliografía que aporta cada uno de los artículos constituye buena prueba de ello. Por lo demás, también se ha pretendido que su procedencia mostrara el ineludible papel desempeñado por algunas revistas, colecciones o editoriales universitarias en su impresionante trayectoria, al tiempo que se seleccionaban temas que pudieran suscitar el interés sobre unas dinámicas sociales, políticas y culturales que no son enteramente trasvasables a la realidad española o de los muy diversos estados hispanoamericanos.³⁰

El sumario ya advierte sobre las orientaciones de los contenidos de este volumen: en primer lugar, la selección de ocho artículos acoge las firmas de nueve de los teóricos más relevantes de los estudios queer norteamericanos (o, quizás más atinadamente, debiera decirse «teóricas», pues cabe destacar el notable puesto que las autoras obtienen en esta antología como justo reflejo de la genealogía queer). En segundo lugar, se comprobará que hemos optado por un orden cronológico de presentación, puesto que es el que, a nuestro entender, mejor responde a la cadencia de la evolución misma: si bien cada trabajo es autónomo y permite la lectura independiente, el diálogo subyacente puede apoyar una valoración transversal de conjunto de

30. Aquellas personas interesadas en profundizar en otros textos fundamentales pueden acudir, además de a los repertorios ya citados, a las siguientes antologías: Martin Duberman (ed.), *Queer Representations. Reading Lives, Reading Cultures*, Nueva York: University Press, 1997; Martin Duberman (ed.), *A Queer World. The Center for Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York: University Press, 1997; Andy Medhurst & Sally Munt (eds.), *Lesbian and Gay Studies. A Critical Introduction*, Londres: Cassell, 1997, así como a Larry Gross & James D. Woods (eds.), *The Columbia Reader on Lesbians and Gay Men in Media, Society, and Politics*, Nueva York: Columbia University, 1999.

las fuentes comunes de las que beben o discrepan. En tercer lugar, destacaríamos el abanico de temas abordados, relacionados con los estudios literarios, la sociología, la política, la pedagogía, la psicología o la filosofía, que proyectan indirectamente el lugar conquistado por los estudios queer en el mundo universitario, aunque también fuera de la «academia».

«(Q)ueer and Now» [«A(q)ueer y ahora»], de Eve Kosofsky Sedgwick, fue escrito en 1991 y publicado en el volumen *Wild Orchids and Trotsky: Messages from American Universities*, editado por Mark Edmundson (Penguin, 1993). Sus primeras líneas, dedicadas a los suicidios entre gays y lesbianas jóvenes, apuntan el talante político de algunos de los trabajos más difundidos de la autora, al tiempo que ofrecen una reflexión sobre su trayectoria personal y a propósito de las dimensiones iniciales del movimiento queer, que ilumina el trasfondo de *Epistemology of the Closet*, su ensayo más influyente. Se trata de un texto paradigmático que sirve como capítulo introductorio a *Tendencias* (Duke University, 1993), del que se traduce.

Como ya se ha apuntado, las obras de Judith Butler constituyen referentes básicos en las discusiones sobre el género y la performatividad sexuales. «Critically Queer» («Críticamente subversiva») fue publicado en el primer volumen de *GLQ. A Journal of Lesbian and Gay Studies*, en 1993. Esta revista, editada por Carolyn Dinshaw y David M. Halperin, se ha convertido en una de las mejores plataformas para apreciar las convergencias y divergencias de la investigación académica queer. Butler parte de un trabajo de Sedgwick para profundizar en la noción de representación y en la significación epistemológica de queer, así como en su carácter mutable y distorsionador. Este artículo fue incorporado, con algunos cambios, como último capítulo de *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of «Sex»* (Routledge, 1993).

Diana Fuss aporta a la teoría queer su bagaje como crítica lesbiana: «Freud's Fallen Women: Identification, Desire and 'A Case of Homosexuality in a Woman'» («Las mujeres caídas de Freud: Identificación, deseo y 'Un caso de homosexualidad en una mujer'») supone una revisión historiográfica del psicoanálisis con el objetivo de subrayar sus debilidades en la apreciación de la sexualidad femenina. Fuss profundiza en los primeros trabajos freudianos y arroja nueva luz tanto sobre ciertas incomprensiones duraderas como sobre los procesos de formación de las identidades psicológicas. Este artículo fue publicado en el volumen 6 de *The Yale Journal of Criticism*, en 1993,

el mismo año en que fuera reimpresso en *Fear of a Queer Planet. Queer Politics and Social Theory*, editado por Michael Warner (University of Minnesota), donde formaba parte del capítulo dedicado a la construcción de la heteronormatividad.

«The Birth of the Ciberqueer» («El nacimiento de lo *ciberqueer*») representa una de las mejores muestras de la crítica queer vinculada al marxismo estadounidense. Donald Morton analiza algunos de los textos filosóficos que han sustentado las políticas del movimiento de liberación homosexual y ofrece una reevaluación de las dinámicas sociales que favorecen y que lastran el desarrollo de una sexualidad transgresora. A su entender, ésta aparece en ocasiones más atrapada en múltiples encrucijadas que dispuesta a explotar las contradicciones que definen su peculiar estatuto cultural. Este artículo fue incluido en el volumen 110 de la revista *Publications of the Modern Language Association of America (PMLA)*, en 1995.

Joshua Gamson aporta una perspectiva sociológica a los estudios queer: «Must Identity Movements Self-Destruct? A Queer Dilemma» («¿Deben autodestruirse los movimientos identitarios? Un extraño dilema») reflexiona sobre las interrelaciones entre los grupos organizados de lesbianas y de gays con una teoría fundada justamente en la negación del binomio «hetero/homo». Las discusiones en torno a la presencia de bisexuales y transexuales en el activismo político, la (im)posibilidad de establecer pactos pragmáticos o las conexiones con los discursos plurirraciales y multiculturales suscitados durante los últimos años constituyen algunos de los temas abordados a lo largo de este influyente trabajo, que viera la luz en *Social Problems*, 42 (1995), y que ha sido reimpresso en *Sociology/Queer Theory* (editado por S. Seidman, Blackwell, 1996) y en *Social Perspectives in Lesbian and Gay Studies* (edición de P. Nardi y B. Schneider, Routledge, 1998).

«Queering the Academy» («Desestabilizar la academia»), de Robyn Wiegman, fue una de las contribuciones que aparecieron en el volumen 26 (1997) de la revista *Genders*, editado por Thomas Foster, Carol Siegel y Ellen E. Berry bajo el título *The Gay '90s. Disciplinary and Interdisciplinary Formations in Queer Studies* (New York University). De forma muy irónica, Wiegman aborda las diversas modalidades de institucionalización de los estudios gays y lesbianos y su acomodo en el medio universitario estadounidense, cuya estructura difiere por completo de las prácticas endogámicas españolas. Se trata de un artículo que ilustra diversos tipos de estrategias empleados para potenciar la in-

dependencia intelectual de los docentes y que sugiere nuevas vías de desestabilización de las disciplinas familiares y departamentales.

Deborah P. Britzman incide, desde una perspectiva complementaria, en el ámbito de la educación (canadiense) en su «Queer Pedagogy and Its Strange Techniques» («La pedagogía transgresora y sus extrañas técnicas»), publicado en el volumen titulado *Inside the Academy and Out: Lesbian/Gay/Queer Studies and Social Action*, editado por Janice L. Ristock y Catherine G. Taylor (University of Toronto, 1998). A su juicio, el aula puede transformarse en un espacio que favorezca el cambio social si la práctica docente conjuga sus objetivos con una revisión de la estructura autoritaria que suele definir sus estrategias y, sobre todo, con el cuestionamiento cotidiano de la heterosexualidad normativa a través de un modelo de aprendizaje transgresor opuesto al fundamentalismo esencialista.

«Sex in Public» («Sexo en público»), de Lauren Berlant y Michael Warner, constituye el primer fruto de un proyecto conjunto de ambos investigadores que aspira a transformarse en una monografía: de hecho, algunas de sus propuestas ya han encontrado albergue en *The Trouble with Normal*, de Warner, publicado en 1999, y en una reciente miscelánea de ensayos coordinada por Berlant. Apareció por vez primera en el volumen 24 de la revista *Critical Inquiry* (University of Chicago, 1998), del que Berlant era editora. Los propósitos del artículo resultan diáfanos desde su inicio, pues aspira a ofrecer un espacio alternativo a la cultura queer que relegue la jerarquía social heteronormativa. Con este objetivo Berlant y Warner esbozan una panorámica histórica sobre la noción de intimidad de la pareja heterosexual en los Estados Unidos y subvierten el modelo social institucionalizado.

Como puede deducirse a partir del breve repaso de los contenidos, los estudios queer pretenden ejercer una profunda revisión de las prácticas asociadas a la normalidad y a la perversión, a la sexualidad y al erotismo, de las nociones de producción cultural y de reproducción social, del activismo político y del compromiso intelectual, de las identidades individuales y colectivas, de las retóricas de lo explícito y de lo implícito. Ojalá que esta antología invite a la reflexión sobre sus mejores propuestas e incite a la lectura de otros textos y autores/as, y que propicie un primer acecho a quienes no hubieran podido acceder a los originales.